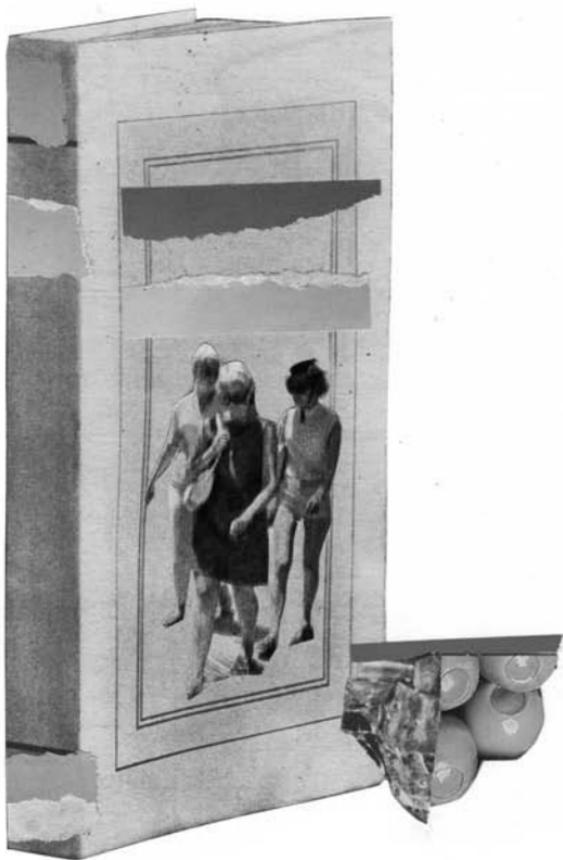


**AHORA**

*Me gusta tenerte a mi lado  
como si pudiera ser normal que estemos juntos.*

LEOPOLDO ALAS



El primer año íbamos sólo por la tarde. Después de la siesta cogíamos el sombrero. Todavía los caminos eran de tierra y, hasta llegar a la playa, jugábamos a tirarnos agua con una botella de plástico que nos había esperado en el frigorífico durante el día. Las gotitas describían elipses entre nosotros, primero en el aire —como en esa foto de Bruce Nauman— y luego en la tierra, oscureciendo el camino blanquecino.

El perro que ladra todas las veces que pasamos. Los avestruces de la finca de la esquina, incomprensibles. El depósito de agua de sonido infernal. Los contenedores repletos que no dan abasto en lo más alto de la temporada alta.

Pero a mitad del sendero que serpea surge la posibilidad de Irlanda en pleno Cádiz. Justo después de un repecho, te das de frente con Mangueta. En Mangueta no hay duchas, no hay bar, no hay aparcamiento, no hay caminos de listas de madera que eviten la arena ardiente que hace siempre saltar ridículamente al humano. Mangueta es lo más África que queda en la costa que va de Chiclana a Bolonia.

Al fondo, a la izquierda, el faro de Trafalgar, a la derecha, el espigón de Conil, detrás, un pinar inmenso y acotado, pero, sobre todo y en aplastante ventaja, delante: el mar. Pelado, salvaje, insistente y atronador. Enfrente de él pasábamos ratos infinitos viendo estirarse el tiempo tonto del verano. Calibrando sombras sobre la toalla. «Aún queda un poco para volver antes de que se oscurezca del todo».

La playa inmensa, parca en belleza amanerada, sin la elegancia de El Palmar ni la comodidad de Los Caños, nos servía, para-

dójicamente, de escondite. Después de un baño atlántico, la sal te cubría en un minuto regalándote, como a Eurídice, un postizo vestido de escamas. Volvemos a casa caminando hacia atrás. Por el espectáculo rojo, merece la pena correr el riesgo. Al cerrar los ojos, el balonazo del sol te retumbará por dentro y te acompañará ya toda la noche.

El segundo año nos asfaltaron los carriles. Nuestro amor iba más rápido, como los coches que ya no avisan al pasar por tu lado en la carretera del camping.

Comer a las cuatro. Gazpacho, la proverbial tortilla de patatas de Luis, melón con jamón, uvas (cuando en invierno probábamos algo rico decíamos «Sabe a Zahora»). Los libros. Dormitar. Esperar a que pase el tiempo en el jardín. Jugar con los gatos, regar unos setos, llegar hasta la tienda a comprar agua embotellada, echar una partida de lo que sea. Y todavía queda luz y todavía queda tiempo. Leer otro poco. Esperar un poco más. Al final, el atardecer, inverosímil, nos alcanza. El primer sorbo de la cerveza. Todos se van convirtiendo en momentos fetiche que se mantendrán iluminados en la palma apretada del curso que se avecina.

El tercer verano llegamos arrastrando desgaste. Alguien, en una broma involuntaria, me había regalado justo antes de irnos el libro de Frédéric Beigbeder, *El amor dura tres años*. Decidí echarlo en la maleta en el último momento. Las novelas llenas de arena estaban en el listado de cosas buenas que habíamos elaborado juntos nada más conocernos.

Uno de los pocos días que no discutimos ese verano, nos encontramos en el Sajorami con Alberto, un amigo de Sevilla. Casualmente, se estaba quedando con su novio en una casa de nuestro mismo carril. Brindamos por nuestra vecindad y su presencia actuó como actúan a veces las terceras personas frente a la pareja, como la ventana abierta que ventila una habitación cargadísima.

Nos invitó a cenar a su casa. Lo primero que hizo al llegar fue enseñarnos una caja de cartón con dos cachorros Scottex —no

entiendo nada de razas de perro—. Su novio nos contó cómo habían aparecido la mañana anterior en la puerta de la casa, así en esa misma caja. De momento, pasarían el verano con ellos, pero no sabían qué harían con ellos después. Les habían puesto de nombre, provisionalmente, Fox y Curra. Mientras ellos preparaban la cena, nosotros nos encandilamos de los perritos. Jugamos con ellos hasta que empezamos a cenar. Alberto nos preguntó que por qué no nos los quedábamos y nos los llevábamos a Sevilla en septiembre. Sonreímos, sobre todo por la idea de que alguien nos percibiera con tanto porvenir como para meter en nuestra casa a dos cachorros. Nuestra casa quemada.

Con una sola mirada que diluyó la sonrisa supimos que la idea era casi tan descabellada como el hecho de que siguiéramos juntos. Vimos una peli después de cenar y yo me quedé dormida. Volvimos a casa. Cuando me estaba terminando la novela de Beigbeder eran las cuatro menos cuarto. Completamente desvelada, me levanté y me dirigí al armario de las herramientas.

Cogí una linterna. Me puse una chaqueta y, con una toalla al hombro, cerré la puerta de la casa y entré en otro de los secretos de Zahora: la oscuridad total y el silencio. Sólo se escuchaba el retumbar de los bajos de la discoteca de la carretera de Vejer. Al pasar por casa de Alberto vi luz. Me acerqué pero, al pegar mis manos y después la cara al cristal de una de las ventanas, me di cuenta de que sólo se trataba de una lámpara encendida que habían dejado al lado de la caja de los cachorros.

Me alejé de la casa y al ir a salir de la parcela vi la bici de Alberto apoyada en la fosa séptica del jardín. No me pude resistir. La dinamo me dio la compañía justa que buscaba. El carril de Mangueta estaba ya a esa altura de mes cubierto otra vez de tierra. El perro de siempre ladró. Mi miedo creciente disimulaba un poco el pellizco que me había dejado el final de la novela. Necesitaba que la playa, aunque sólo fuera el sonido de las olas del agua negra, me lavase el malestar. Pensé que al llegar a Mangueta seguiría pedaleando hasta quitarme el miedo, pero la rueda de delante se encalló nada más entrar en la arena. Tiré la bici de costado y salí corriendo para continuar acelerando el

corazón. Me propuse esperar hasta ver el amanecer. Ya clareaba cuando me tumbé sobre la toalla, me hice un ovillo y me quedé dormida.

Llorar, como trabajar, cansa.

Y cuando desperté, Mangueta todavía estaba allí.

Parafraseando a La Faraona: Si me queréis, no vayáis. O al menos, no vayáis mucho. O no demasiado. Que nuestra obsesión por acomodar el medio a nuestras necesidades no se cargue la última estrofa de esta canción: «Ahora, en Zahora, todo me sabe a Roma». Quería escribir amor, pero me resulta demasiado cursi: opto por el palíndromo.

Nuestra historia terminó como un día se modifican los paisajes. De golpe y para siempre. Pero en la palma apretada de nuestras vidas por separado, todavía, ahora, nos queda Zahora. También rima. Brindo de paso por el viento de Levante, nuestro superhéroe protector de todos los sabores de la costa de Cádiz.

*El que lo probó, lo sabe.*